

colección rúbrica



GLORIA LÓPEZ DE MARÍA RODRÍGUEZ

CUANDO EL SOL SE APAGA

esstudio
ediciones

1

Sofía. Madrid, 1974

Era una fría mañana de domingo. Había estado lloviendo de manera incesante durante toda la noche y, entre la calzada y las aceras, todavía corría el agua que no podía ser absorbida por los imbornales.

Aprovechando los tímidos rayos de sol que empezaban a aparecer entre las nubes, llevé a los niños a pasear al parque del Retiro. Iban los dos bien abrigados con chubasqueros, botas de agua y bufandas, por si volvía la lluvia. Saltaban alegres en todos los charcos que veían. Iba a regañarlos porque me pareció que habían salpicado la gabardina de una mujer joven que se dirigía hacia mí. Temí que antes de que pudiera disculparme, fuera a quejarse por la conducta de mis hijos, así es que me precipité a decir:

—Perdón, perdón, ¿la han manchado?

Pero no, la mujer no se mostraba contrariada. Al contrario, sonreía. De momento no advertí de quién se trataba. Llevaba unas gafas grandes ahumadas, bufanda y una boina calada casi hasta las cejas. Le devolví la sonrisa por mera cortesía, pero al verla de cerca, la reconocí.

—¿Matilda? —le pregunté por decir algo, más que por salir de dudas.

—Sí, sí, Sofía, claro que soy yo, pero ha pasado mucho tiempo... ¡desde tu boda!

—¡Matilda, por Dios, pero qué sorpresa! Quítate las gafas, que quiero verte bien.

Cuando lo hizo, sentí como si sus pupilas de color miel me hubieran abducido al interior de un túnel que me transportara en el tiempo muchos años atrás, hacia lo más profundo de mis recuerdos.

En aquel mismo instante, me vi con dieciséis años despedir al vehículo que se alejaba por el camino de gravilla que conducía hasta la verja del internado, en la orilla del lago Zúrich. Vi también la mano enguantada de mi madre asomar por la ventanilla trasera diciéndome adiós, y volví a revivir la sensación de desamparo de aquellos momentos. Por primera vez en la vida me sentí sola.

Rememoré cuando haciendo acopio de valor, seguí a una mujer bajita y risueña que me acompañó a lo que, durante un año, iba a ser mi nueva residencia en Suiza.

La habitación a la que me condujo tenía dos camas, dos escritorios y dos armarios. Me explicó que la compartiría con una chica italiana, que subiría enseguida a conocerme.

—Bueno, Sofía, ahora te dejo para que deshagas tu equipaje y te puedas instalar cómodamente. Ya verás cómo te llevas muy bien con Matilda. Es italiana y muy aficionada a la música. ¡Mira, ahí tiene su violonchelo...!

En efecto, apoyado en una esquina vi la funda del instrumento. En ese momento se abrió la puerta y apareció mi compañera de cuarto. Era delgada, pelirroja, pecosa y con unos preciosos ojos color de miel.

—¡Hola, bienvenida! —dijo parcamente en español, extendiéndome la mano.

—¡Hola! —le respondí sonriente—. Me llamo Sofía. ¿Tú hablas español? Me han dicho que eres italiana.

—¡Estas bobas no se enteran de nada... soy griega! —exclamó muy molesta, como si aquel error la ofendiese.

—Perdona, es que me habían dicho... —intenté disculparme, pero no me dejó terminar la frase.

—No es culpa tuya. Es esa enana estúpida, que aún no se ha enterado de que soy griega por los cuatro costados, aunque haya vivido en Roma.

—¿Y cómo es que hablas tan bien el español?

—Porque Carmen, mi madre adoptiva, y toda su familia son españoles.

—¿No tienes padres? —pregunté en voz baja, temiendo ser indiscreta.

—No, los dos murieron. A mamá la mataron los militares, en Grecia, por sus ideas políticas, y mi padre murió en el terremoto de Cefalonia de 1953.

Yo no sabía nada del terremoto del que me hablaba, y mucho menos del régimen político de Grecia, pero me pareció de buena educación mostrarle mis condolencias.

—Oh, no sabes cómo lo siento.

—Pues no sé por qué has de sentirlo... Si no los conocías de nada —respondió riendo, como si aquello tuviera algo de divertido, y añadió—: La que ha venido acompañándote, ¿quién es?

—Es mamá. Me ha traído ella, pero mañana se vuelve a Madrid.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Matilda.

—Sí, dos; mayores que yo. ¿Y tú?

—No, yo no. Bueno, mi madre adoptiva tiene una hija, pero no es nada mío.

—¡Hombre! Será tu hermana, o tu hermanastra, no sé...

—No tengo ganas de meterme en líos de familia. Será mejor que desbagas tu equipaje. Ya tendremos tiempo de hablar...

Y diciendo esto, se tumbó en su cama; cogió un libro, y dio por concluida la conversación.

El reencuentro con Matilda en el Retiro me dejó sorprendida. Desde que vino a Madrid cuando me casé, no había vuelto a verla. Aunque a través de la hermana de Tomás estábamos más o menos al corriente de su vida, me asombró encontrarla aquí.

—¡Matilda, estás guapísima! —exclamé—. ¡Creía que andarías aún por los Estados Unidos!

—Pues ya ves. Las vueltas que da la vida. Me apetecía pasar unos días con vosotros, y aquí me tienes.

—O sea, ¿que no has venido por trabajo?

—No, no, esta vez solo quería veros y conocer a los niños, claro está. Son preciosos, se parecen mucho a ti.

—Bueno, según Tomás son clavaditos a él... ¡Ja, ja, ja! Ya sabes, orgullo de padre.

—Sofía, ¿qué te parece si vamos a tomar un chocolate a algún sitio calentito? Estoy muerta de frío y tenemos muchas cosas que contarnos...

Llamé a los niños, que se aproximaron saltando, y los cuatro fuimos en busca de una cafetería. Cogimos dos mesas juntas. En una instalamos a los niños, y nosotras nos sentamos en la de al lado, para poder hablar tranquilamente.

Una vez que nos acomodamos, pude observar a Matilda detenidamente. Cuando se quitó la boina, y la bufanda, su melena pelirroja le cayó sobre los hombros. Me pareció muy guapa. Lucía un atuendo informal y toda su ropa era de una calidad inmejorable. Me fijé en sus manos y en su impecable manicura, y sin darme cuenta, de forma instintiva, escondí las mías. Entre la casa, los niños, y que me pasaba horas aporreando la máquina de escribir, apenas tenía tiempo para arreglarme las uñas, que llevaba muy cortas y sin esmalte.

Mientras ella me decía lo guapos que veía a mis hijos y me explicaba dónde se hallaba el hotel en el que se había alojado, en mi memoria se proyectaron en décimas de segundos, como en una película, los momentos vividos en el internado; y recordé también las historias que sobre su familia, poco a poco, me había ido contando los días que se sentía comunicativa.

Cuando conocí a Matilda, me pareció una chica retraída, que pasaba sola y en silencio la mayor parte del tiempo que no estábamos en clase o realizando actividades.

Conmigo era correcta pero distante. Se mostraba parca en palabras y poco proclive a conversaciones, ni a confidencias; si bien he de reconocer que era una excelente compañera de cuarto. Era limpia y ordenada, y además, todo le parecía bien. Otras chicas se pasaban el día quejándose: porque decían que en las habitaciones hacía frío; porque el agua de la ducha no salía todo lo caliente que deseaban; o porque no les gustaba la comida... Jamás le oí a ella proferir ni una sola queja durante el curso que pasamos en el internado.

Tuvo que pasar casi un trimestre para que empezara a confiar en mí, pero un día, de pronto, se sintió locuaz.

Estábamos tumbadas en la hierba junto al lago, disfrutando de los cálidos rayos del sol otoñal, cuando comenzó a hablar de sus padres. Me explicó que se conocieron luchando como partisanos en las montañas greco-albanesas, cuando los alemanes invadieron Grecia. ¡Que su madre fuera una guerrillera me pareció algo insólito, y a la vez apasionante! Acostumbrada al decoro y discreción de mamá y de mis tías madrileñas, no conseguía imaginar que una mujer pudiera vivir en las montañas, rodeada de hombres, y luchando, fusil en mano, hombro con hombro junto a ellos. ¿Cómo lo haría para asearse, para lavarse...? Y encima, ¡se enamoró de uno de sus compañeros!

—Pues ese fue su gran error —aclaró Matilda con gesto desabrido.

—¿Cómo puedes decir eso? A mí me parece muy romántico que se enamorasen luchando juntos; escondidos entre los bosques y las montañas; jugándose la vida un día tras otro...

—Sí, pero la única loca de amor fue mamá. Mi padre no la quiso nunca. Ni tan siquiera se enteró de que yo existía. Para él, no fue nada más que un poco de calor en las frías noches de invierno, pero en cuanto terminó la guerra volvió corriendo a Argostoli, para casarse con su novia de siempre.

—¿Con Carmen? ¿La que te adoptó?

—Sí, con ella, y por eso no dejaré de aborrecerla mientras viva.
La odio.

—Pero tú misma me has contado que contigo siempre se ha portado bien.

—Es lo menos que podía hacer después de haberle arruinado la vida a mi madre. Pero nunca me gustó. Es presumida y estirada. Una señoritinga que se avergüenza de mis orígenes. En cambio, su hermano pequeño, Tomás, es otra cosa. Él me cae bien. Siempre me ha tratado como si de verdad fuéramos familia.

No quise llevarle la contra para no irritarla, pero me pareció bastante injusto que hablase así de su madre adoptiva. Al fin y al cabo, ella no era responsable de que su novio se hubiera liado con una compañera de armas durante la guerra; y sin duda, echarse encima la responsabilidad de criar a la hija natural de su marido, no tuvo que ser para ella plato de gusto. Me hizo sonreír pensar en la cara que pondrían mamá y las tías, si conociesen la historia de Matilda. Sin duda se hubieran llevado las manos a la cabeza. Me parecía estar oyéndolas: «¡Qué horror, una hija natural, nacida del pecado, de la lascivia...!».

—Y tu padre, ¿cuándo se enteró de que tenía una hija? —pregunté, asombrada por el hecho de que algún hombre pudiera ignorar algo así... Para mí, resultaba inconcebible. Toda la gente que yo conocía, eran hijos de matrimonios legítimos, de familias estructuradas...

—Cuando los militares encarcelaron a mi madre por pertenecer al partido comunista griego, una amiga suya se ocupó de mí. Después, cuando asesinaron a mamá, escribió a mi padre contándoselo, y él fue a buscarme a Atenas.

¡Guerrillera y encima comunista! Yo me encontraba fascinada con semejante historia...

—¿Y entonces fue cuando te llevó a Cefalonia y conociste a Carmen? —indagué.

—Eso es: a Carmen, a mis abuelos, a mi tía Irene, a Tomás... —por un momento me pareció que le temblaba la voz de emoción, pero enseguida se rehízo, y sentándose en el suelo con la mirada fija en el agua, continuó—: Pero cuando papá y los abuelos murieron en el terremoto, mi tía Irene no quiso saber nada de mí. Por eso la odio también a ella. Porque se desentendió de su sobrina, pretextando que, al ser periodista, se pasaba la vida viajando y no podía hacerse cargo de una niña. ¡Pero al fin y al cabo yo era de su misma sangre, y la única familia que tenía...! Si no me hubiera adoptado Carmen, habría acabado en un hospicio.

Yo seguía perpleja, pero lo que más me asombraba era que Matilda pudiese contármelo sin ningún pudor, sin avergonzarse de nada de todo aquello que a mí se me antojaba terrible...

—¿Y dónde vive tu tía ahora? ¿Está también en Roma?

—Eso supongo; pero seguir sus pasos es imposible. Anduvo un tiempo por Israel, viviendo con un judío... un militar, creo. Después volvió a Roma y se enredó con un antiguo novio. Un armenio profesor de Universidad. Imagino que seguirá con él, pero es difícil de saber...

Lo dije con tanto desprecio que pensé que era mejor no hablar más del asunto. Matilda estaba llena de rencor. En aquel momento comprendí lo triste que debía ser albergar tanto resentimiento guardado en el alma. Además, todo lo que había contado acerca de las andanzas de sus padres, de su nacimiento, y de la militancia política de su madre, me hacía sonrojar un poco. Acostumbrada al ambiente pacato y provinciano de Madrid, donde las monjas nos habían inculcado que los comunistas eran como demonios, que tener un hijo soltera era de ser una cualquiera y lo peor que le podía ocurrir a una chica, y que los judíos también eran mala gente porque habían matado a Jesús... ahora, me encontraba con todos esos prejuicios compendiados en la familia de mi amiga... No sabía muy bien qué pensar de todo ello.

—Pero bueno, me he vengado —agregó Matilda mientras yo seguía sumida en todas estas cavilaciones—. Y seguiré haciéndolo. Esto todavía no ha terminado...

En eso sonó la campana que anunciaba la vuelta a clase. Tendría que esperar para saber qué venganza se le había ocurrido a aquella obstinada compañera de habitación. Me dije a mí misma que más valdría tenerla como amiga. Si alguien se le metía entre ceja y ceja, podría resultar peligrosa...

La vida en el internado transcurría sin grandes novedades: las clases, visitas culturales y excursiones por los alrededores... Hasta que un día ocurrió algo inesperado. Estábamos en la biblioteca consultando unos atlas para un trabajo de geografía, cuando vinieron a avisar a Matilda de que tenía una visita. Recuerdo que no pude resistir la tentación de salir tras ella para ver quién había venido a verla. Deseaba conocer a su madre adoptiva o a su tía Irene, de quienes tanto y tan mal hablaba siempre. Quería juzgar por mí misma cómo eran aquellas dos señoras, odiadas por Matilda.

Pero no, no era ninguna mujer quien la aguardaba en la sala, sino un caballero elegante, con gafas redondas de concha, y sienes plateadas.

El encuentro fue frío. El señor se acercó a ella con intención de besarla, pero Matilda dio unos pasos hacia atrás, rehuyendo el saludo. Yo miraba la escena desde la puerta, medio escondida tras una enorme planta de interior que me permitía observar sin ser vista. Reconozco que espiaba a mi amiga. No me sentía orgullosa de ello, pero la curiosidad era mayor que los prejuicios morales...

Se sentaron por un momento en las butacas de la sala de espera, hasta que Matilda se puso en pie de pronto, y se encaminó hacia una de las puertas acristaladas por las que se salía al jardín. Echó a andar cabizbaja en dirección al lago, y aquel señor la seguía. En un momento dado ambos se pararon y se quedaron mirando frente a frente. Parecía como si discutieran, o al menos aquello no era una conversación amistosa.

Cuando al cabo de unos minutos regresaron a la sala, y el hombre recogió su sombrero y su gabardina, corrí escaleras arriba por miedo a ser

descubierta. Me paré en el rellano, y cuando oí que salían al hall de entrada, bajé de nuevo para toparme con ellos de frente. Quería aparentar un encuentro casual y que Matilda me presentara al visitante.

—Hola, Matilda —dije despreocupadamente.

—Hola. Te veo luego —respondió parca, sin deseos de presentármelo.

Le acompañó hasta la puerta y daba la sensación de que el caballero no se iba disgustado. Al contrario, parecía satisfecho. Incluso le dio un beso de despedida que, esta vez, Matilda no eludió. Ella se quedó un rato mirando al exterior, sin duda observando cómo montaba en un automóvil y se alejaba por el sendero de entrada. Acto seguido, subió las escaleras y fue a refugiarse en su habitación.

A pesar de que me moría de curiosidad, me pareció más oportuno dejarla sola y no importunarla con preguntas. Si quería algo ya me iría a buscar, o tal vez me lo contase cenando. Volví a la biblioteca y seguí con los mapas.

Transcurrió la tarde sin que Matilda saliera de su cuarto.

Durante la cena, en vista de que no decía nada de la visita, le pregunté abiertamente:

—¿Quién era el señor que ha venido antes?

—Adriano Rossi —respondió, sin más explicaciones.

—¿Tu padrastro?

—No. No es nada mío. Es tan solo el marido de mi madre adoptiva.

Es decir, nada.

—Pero te habrá gustado que haya venido a verte, ¿no?

—No sé por qué habría de gustarme. Por su culpa estoy encerrada en esta prisión.

—¡Matilda, por Dios! esto es un colegio... No es una cárcel.

—Ah, ¿tú crees que podríamos salir ahora si quisiéramos?

—Pues no, seguro que a estas horas no nos dejarían...

—Pues entonces, para mí, esto es una prisión; y, además, no quiero hablar de ese hombre.